

JUGANDO CON LA MUERTE



JUGANDO CON LA MUERTE

Simon Scarrow
y
Lee Francis



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Playing with Death*

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados

Diseño de la colección: Pepe Far

Primera edición: mayo de 2018

© Simon Scarrow, 2018

© de la traducción: Ana Herrera, 2018

© de la presente edición: Edhasa, 2018

Diputación, 262, 2ª^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-1132-7

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B. 7774-2018

Impreso en España

A mi madre y mi padre, a Karl y a Alex

CAPÍTULO 0

Rose Blake seguía el todoterreno azul de Shane Koenig a través de la pista de montaña que descendía hacia una cabaña de dos plantas. Las luces de freno del todoterreno desprendían un destello rojo en la oscuridad de la noche, y desde la casa el cálido fulgor naranja de las ventanas penetraba en la oscuridad del exterior.

Cuando el vehículo de Koenig frenó, el brusco resplandor de la luz de emergencia pareció reflejarse en el aire helado del bosque, como si estuviera flotando sobre las hojas desparramadas en la grava frente a la cabaña. Estaba empezando a llover, y las pocas gotas que conseguían atravesar las ramas de los árboles caían sobre el techo del coche.

Rose leyó el nombre grabado en la placa: «SOLACE». Bajó de su vehículo y siguió a Koenig por los escalones del porche. Altos árboles negros se mecían en la oscuridad alrededor de la cabaña. Justo en ese momento, Koenig se volvió hacia ella. Era un hombre guapo, aunque quizá demasiado corpulento. Tenía el cabello oscuro y llevaba tejanos, botas de cuero marrones y una chaqueta de lana Tommy Hilfiger sobre una camisa de franela roja.

—Mi hogar lejos de casa... Es bonito, ¿no? —Koenig abrió la puerta de la cabaña y la invitó a entrar. El pulso de Rose se aceleró imperceptiblemente.

—Sí, muy bonito...

La cocina daba a la sala principal y tenía un reluciente estante con revestimiento de madera de haya, donde sartenes y

ollas de cobre colgaban de la pared. No parecía haber escatimado en gastos. La cabaña era una mezcla de piedra y bloques de ladrillo y madera con un barnizado naranja. La sala se abría en un solo espacio, y había una chimenea con pequeños y brillantes troncos listos para ser encendidos. Koenig cogió un encendedor de gas y la madera pronto empezó a crujir y a silbar, mientras las llamas calentaban la estancia. Rose acercó sus manos al fuego, sintiendo cómo el calor acariciaba su piel. Koenig cogió el mando a distancia y conectó el equipo de música.

Hay algo sobre esta noche...

Algo que está muy bien...

Tú y yo, amor, estamos conectados...

«Una inquietante elección», pensó Rose.

Koenig se quitó la chaqueta y sonrió.

—Siéntete como en casa. Esta cabaña es muy confortable, o al menos eso creo.

—Y un poco solitaria...

—No con la compañía adecuada —contestó él, acariciándole la mejilla.

Sus dedos le provocaron un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Pero no se trataba de una anticipación erótica, sino del miedo que ese hombre le inspiraba.

—Qué agradable conocer a alguien que se parece a su foto de perfil —añadió él, mientras su mirada descendía por su cuerpo.

—En el buen sentido, imagino. —Rose sintió cómo su piel se estremecía bajo el jersey de cachemir, que caía sobre su falda ajustada.

—Puedes apostararlo. Permíteme que te ayude a quitarte el abrigo...

Koenig deslizó la larga prenda marrón por los hombros de Rose, que resbaló poco a poco por sus brazos. Rápidamente, ella se alejó un poco de él y se sentó en el suave sofá de color crema. Luego dejó que su mirada se pasara por las paredes de la

cabaña, donde había algunas fotos de caza. Shane Koenig estaba en cada una de ellas, bien posando con el cadáver de un ciervo o en otras combinaciones parecidas. En la parte trasera de la cabaña había otra puerta, y un gran número de rifles de caza colgaban en la pared del pasillo que llegaba hasta allí.

Los ojos de Rose buscaban incansablemente más detalles que le dieran alguna pista de su personalidad, pero lo único que logró percibir fue un leve e impactante aroma a lejía en el aire.

Sabía perfectamente por qué aquella cabaña olía así. Es lo que se esperaba que usara un hombre como Koenig para cubrir su rastro. Rose trató de mantener la calma. Se recordó que Owen y el resto del equipo estaban apostados en los alrededores, dentro de una furgoneta negra de vigilancia. Y había otros hombres acompañándolos, armados y listos para moverse tan rápido como el mundo se lo permitiera. Sabía que no debía alarmarse hasta que se viera directamente amenazada, y hasta ahora Koenig se había comportado como lo haría cualquier hombre en una cita.

«Está siendo muy meticuloso», pensó Rose. Tenía la sensación de que la estaba observando, analizándola antes de cada movimiento. Sintió un leve escalofrío en la nuca. Tal vez Koenig sabía que ella no era lo que parecía. Mientras tanto, él se movía como si nada por la cocina y cogía un par de copas de la despensa. Koenig la miró por encima del hombro. Sus labios mostraron una sonrisa, pero sus ojos permanecieron inexpresivos.

—Una noche fría, ¿te gustaría un trago sofisticado?

—Claro, ¿qué me propones? —contestó Rose, dejando que su cabello cayera hacia delante. Se había dejado el pelo suelto para ocultar el auricular bidireccional de color carne que llevaba en su oído derecho.

Koenig se dio la vuelta, y por un instante se quedó mirándola, pensativo.

—Eres una mujer realmente hermosa... Seguro que la lista de chicos de este sitio web que han intentado salir contigo es muy larga. ¿Por qué me escogiste a mí?

—Tu perfil era interesante. Nada que ver con la basura que suele encontrarse en las páginas de contactos. Y supongo que tienes un buen trabajo...

—Supones...

Por un segundo, la expresión de Koenig se tornó tan lúgubre como la de sus ojos. Luego sonrió de nuevo.

—¿Y qué trabajo sería ése? No recuerdo haber mencionado ningún detalle de lo que hago para vivir.

Rose sintió que su pulso se aceleraba de forma alarmante mientras intentaba responder con calma.

—Lo que sea que hagas debe de ser bueno, lo suficiente para pagar todo esto. Tu hogar lejos de casa, como lo llamaste...

—Sí —sus ojos parecieron moverse a toda velocidad, como si buscaran algo—, aquí me siento de verdad en casa. Nada que ver con mi apartamento de la ciudad, donde trabajo durante la semana. En este lugar es donde me encuentro más cómodo. Es más..., más parecido a mí. Es difícil de explicar, no creo que puedas entenderlo.

Rose se levantó y se acercó a las fotos de caza, para verlas de cerca.

—Claro, lo entiendo...

Koenig rió entonces abiertamente.

—No, no, de verdad, no creo que puedas entenderlo. Apenas hace tres horas que acabamos de conocernos, en el bar...

—Pero hemos estado hablando durante semanas a través de Internet —repuso Rose—, y te conozco lo suficiente como para proponerte una cita. No suelo hacerlo. La mayor parte de los tipos que están en esa página de contactos son unos gilipollas. Tú eres... distinto. Hay algo en ti que me llamó la atención enseguida.

—¿Ah, sí? Y dime, ¿qué es lo que me hace... distinto?

Rose se sentó de nuevo en el sofá y se tomó su tiempo, como si lo considerara, aunque había ensayado sus respuestas muchas veces con Owen y el equipo. Se encogió de hombros.

—Ya sabes, nada de esa basura de ser un chico genuino, la vida y alma de la fiesta, pero sensible y atento al mismo tiempo.

Tú no te metes en esa mierda y vas directo al grano, y eso me gusta.

–Genial.

–Por supuesto, también te ayudó el hecho de que estás muy atractivo en tu foto de perfil.

–No eres la primera en decir eso...

–¿No?

–No, ni de lejos. ¿Acaso crees que eres la única a la que he traído a este lugar?

Su tono parecía ahora cortante, un tanto brusco, y Rose se removió en el sofá, incómoda.

–Aun así, parece que ninguna de ellas tenía mucho que ofrecer, ¿no? –dijo con calma.

–¿Y tú crees que tienes algo especial?

–Bueno, eso está por ver, ¿no es así?

Rose dejó caer la mano en su muslo y la deslizó con suavidad por su falda, y Koenig no pudo evitar que su mirada se posara en la oscura curva de sus rodillas. Dio dos pasos hacia ella, entrecerrando los ojos, y rozó con sus dedos el flequillo de Rose, apartándolo para acariciar su frente. Ella apenas pudo evitar un estremecimiento.

«Todavía no, Rose.»

Tenía que conseguir el álbum. No tenían aún suficientes evidencias como para obtener la orden de registro, de modo que Rose era la única oportunidad para acabar con Koenig. Si él se descontrolaba y ella llamaba a la caballería, él sería arrestado; de lo contrario, cualquier confesión sería invalidada como si fuera fruto de un árbol venenoso: si la evidencia estaba contaminada, entonces el resto de pruebas lo estarían también, así que, sin una orden de registro y sin agresión, Koenig aún tenía la posibilidad de seguir libre. Libre para continuar asesinando.

Rose miró más allá de él y pudo ver los estuches de sus cámaras y los trípodes. Estaban amontonados cerca de un escritorio de pared, en el pasillo que conducía a otra habitación. Koenig

se inclinó hacia ella, tratando de besarla. Desprendía el aroma de una loción cara. Rose puso la mano sobre su hombro.

—¿Qué te parece si antes tomamos algo? —dijo, vacilando un instante, antes de sonreír.

—Una dama con clase, por supuesto... —susurró Koenig, incorporándose—. Tengo una pequeña bodega ahí atrás. ¿Te gusta el vino tinto?

—Perfecto —contestó ella, cruzando las piernas.

—Entonces relájate junto al fuego. No tardaré mucho.

Koenig se dirigió a la parte trasera de la cabaña y desapareció tras una puerta.

Rose aprovechó el momento:

—¿Owen, estás en posición?

—Claro, todo controlado. Tengo hombres apostados en los árboles que rodean la casa. Te cubrimos. ¿Aún no lo has encontrado? —la voz de Owen crepitaba en su oído.

—Hay algunas fotografías de caza, sólo eso. Voy a echar un vistazo.

—Ve con cuidado.

Su compañero apenas podía ocultar su preocupación por ella. Rose era consciente del riesgo, pero había sido ella quien tomó la decisión. Atrapar a los asesinos era su deber. Por eso le pagaba el Tío Sam, y Rose era muy buena en su trabajo.

Intentó tranquilizarse y se dirigió a la zona de la cocina. Había algunos armarios con iluminación indirecta, que resplandecía sobre el mármol del mostrador. Vio una pequeña puerta que llevaba a una despensa y un candado abierto colgando del cerrojo... ¿Por qué tendría una despensa bloqueada con un candado? Rose abrió la puerta y entró. La habitación era larga y estrecha, y las paredes estaban llenas de estantes. En el extremo más alejado había un congelador. Las estanterías estaban cuidadosamente ordenadas. Casi obsesivamente ordenadas. A la derecha, latas clasificadas en sopas, verduras y frutas. A la izquierda, se alineaban pequeños botes de hierbas y especias, tarros de conservas y sacos de harina, arroz y pasta. Había

un enorme lavamanos de cerámica muy cerca del congelador y de una robusta estantería de madera. Un cuchillo de carnicero relucía colgando de un gancho. Allí el olor a lejía era aún más fuerte.

El final de la despensa estaba sumido en las sombras, aunque Rose consiguió distinguir la bombilla en el centro del techo, que colgaba de un largo cable. Estuvo tentada de encender la luz, pero era demasiado arriesgado. Se acercó al congelador, y sintiendo el sudor en sus manos, asió la manilla y la alzó hacia arriba. La cubierta opuso cierta resistencia, pero finalmente consiguió abrirla. A pesar de la poca luz que llegaba de la cocina, Rose pudo ver lo suficiente como para identificar lo que contenía. Había grandes tubos de hielo en una de las esquinas. El resto estaba lleno de bolsas de comida selladas con cinta adhesiva. Trozos de carne...

Pero no era el tipo de carne que uno almacenaría en un congelador. Aquello era algo criminalmente enfermizo.

Había manos contraídas como si fueran garras, perfectamente visibles a través del plástico congelado. Un pie, y luego la mitad de un torso con un seno de apariencia apergaminada. Y ahí, en la otra esquina, una cabeza morena con unos ojos que miraban fijamente hacia ella de una forma sombría. La boca de aquel rostro se mantenía abierta en un sollozo silencioso, pressionada contra el plástico que la cubría.

—Owen...

Rose apenas podía hablar. Sentía una fuerte presión en el pecho, sus piernas parecían incapaces de sostenerla y le resultaba extremadamente difícil respirar. Reprimió una arcada. No era la primera vez que veía restos humanos. Pero no así... No de esta manera...

Intentó calmarse:

—Hay restos humanos aquí, Owen... El congelador está lleno de ellos.

—¡Rose! —La voz de Owen retumbó en su auricular—. ¡Sal de ahí ahora mismo! ¡Ahora!

De pronto, el tiempo empezó a correr más lento, como si estuviera rodeada de una espesa capa de crudo. Todo en su campo de visión parecía vago e impreciso. Decidió volver a la sala, atenta a cualquier sonido. Era él. El monstruo al que los medios llamaban el «Carnicero del Bosque».

Rose sintió una presencia a su alrededor, como si alguien respirara cerca de ella. Deslizó lentamente su mano bajo el jersey, hacia su espalda, hasta tocar su pistola.

—¡Sal de ahí! —la voz de Owen retumbó en su oído—. ¡Estamos en camino!

La música seguía sonando suavemente.

*Estoy contigo. En tu corazón.
En tu cuerpo, como el fuego...*

—Aquí estoy, preciosa... —iba diciendo Koenig al volver de la bodega—. He encontrado una botella de Rioja para nosotros... ¿Dónde estás?

Rose sacó la Glock de su funda y la sostuvo frente a ella mientras estudiaba la mejor posición para enfrentarse al Carnicero.

Koenig se había detenido en el umbral de la puerta de la bodega con una botella de vino en una mano. Su sonrisa se desvaneció cuando vio el arma automática de Rose apuntando hacia él. No había señales de sorpresa en su expresión. Ninguna señal de emoción en absoluto, sólo esos ojos sin fondo y la delgada línea de sus labios mientras él la miraba. El tiempo pareció detenerse. Rose habló por encima de su arma:

—Tienes derecho a permanecer en silencio...

—¿Qué mierda es ésta?

—Todo lo que digas puede ser usado en tu contra en un tribunal...

—Eres una zorra mentirosa... Como todas las demás.

—Tienes derecho a hablar con un abogado antes de ser interrogado por la policía...

—¡Maldita perra! —gritó Koenig, al tiempo que le lanzaba la botella.

Instintivamente, Rose se cubrió con las manos cuando la botella pasó sobre su cabeza y explotó contra la pared. Vidrio y vino salieron disparados hacia ella, que sintió un fuerte dolor en la parte trasera de su muñeca. Entonces oyó una puerta que se abría de golpe y pasos en la escalera exterior.

*Te voy a hacer mía, cariño,
te voy a devorar...*

Se oyeron gritos y sirenas de vehículos policiales acercándose, imponiéndose al sonido de la música. Rose estaba ya moviéndose hacia la puerta trasera y apuntando con su Glock, cuando de pronto tuvo que apoyarse en la pared para estabilizarse: por lo visto, Owen había hecho que su vehículo chocara contra la cabaña. Un instante después, su compañero se apostaba en el porche. Llevaba un chaleco negro identificado con las siglas del FBI. Era un hombre alto y delgado, de unos treinta y cinco años, con el cabello negro, perilla y bigote. Su cara reflejaba la tensión del momento. Dos de sus hombres echaron la puerta abajo y se pusieron en posición, uno a cada lado. Sus rifles de asalto iluminaron el salón mientras revisaban cada rincón de la estancia. Owen vio la sangre cayendo de la mano de Rose.

—Mierda, Rose... ¿Estás bien?

Ella le hizo una señal señalándole la puerta trasera.

—¡Koenig ha salido por detrás!

Su corazón latía con fuerza, y podía sentir la adrenalina en las sienes con sólo pensar en capturar a su presa. La cabaña estaba rodeada por el equipo de Owen y por la policía. Koenig era como un animal atrapado, y eso lo hacía más peligroso.

—Rose, calma... Tenemos el perímetro cubierto. No irá a ninguna parte.

Ella negó con la cabeza.

—Vamos a por él.

Cruzaron el pasillo. Al llegar a la puerta trasera, señaló el exhibidor de rifles. Faltaba uno. Owen habló por su radio:

–Tened cuidado, Koenig va armado y ha salido de la cabaña.

Rose, Owen y los dos agentes salieron al exterior, donde se detuvieron en un pequeño porche de madera. Las tablas estaban frías y resbaladizas. Había un corto tramo de escalones que conducía a la oscuridad de la noche. Rose pensó que Koenig conocería aquellos bosques a la perfección, y un escalofrío recorrió su nuca.

«Tal vez nosotros seamos ahora su presa.»

Las linternas parpadearon entre los árboles mientras se gritaban órdenes, y poco después se posaron a lo largo de la cabaña: era la formación de los otros agentes de la policía táctica. El equipo había rodeado la casa del sospechoso.

De pronto, llegó hasta ellos el sonido agudo del disparo de una pistola desde los árboles cercanos. Rose y los demás se agacharon instintivamente, apuntando con sus armas hacia la oscuridad.

–¡¿Qué está pasando?! –gritó Owen en su micro.

Las luces de los faros de la policía local cortaron la oscuridad. Los coches rugieron por la ladera, mientras sus faros centelleaban a través de los huecos entre los troncos de los árboles. Rose vio movimiento a su derecha, detectó el tembloroso haz de luz de una linterna y logró ver la franela roja de Koenig.

–¡Allí! –gritó, señalando hacia el bosque.

Rose, al lado de Owen, subió corriendo por la pendiente, entre los árboles. No llevaba el calzado adecuado, y el suelo bajo sus pies era frío y resbaladizo y estaba lleno de hojas caídas, pero la adrenalina fluyendo por su cuerpo la empujaba hacia delante. Vieron llegar a otros oficiales de policía y a más agentes con chaquetas y gorras oscuras del FBI, que rápidamente se internaron en el bosque tratando de rodear a Koenig. Rose supuso que el Carnicero se dirigía hacia el arroyo, no muy lejano de la autopista interestatal. Si lograba llegar hasta allí y detener un vehículo, todo habrá sido en vano.

Un leve crujido.

—¡Todo el mundo quieto! —ordenó Rose en un susurro. Owen y sus dos compañeros se detuvieron tras ella. A lo lejos, las linternas de los otros agentes y la policía local seguían moviéndose entre los árboles.

Rose avanzó unos pasos por un sendero estrecho. Sus sentidos estaban alerta. Todo lo que veía, oía y tocaba parecía adquirir una intensidad desmesurada. Las gotas de lluvia caían desde las ramas sobre su cabello y sus hombros, y apenas la dejaban ver. De pronto, distinguió la cara de Koenig, que la observaba por detrás del tronco de un árbol, sonriendo. Rose levantó su Glock frente a ella.

Apuntó y presionó el gatillo.

El amarillento resplandor de su cañón iluminó el bosque delante de ella, y pudo ver cómo su bala se estrellaba en la corteza del árbol. En el último instante, Koenig se apartó para proteger su rostro de la madera astillada y perdió el equilibrio. El cañón de su rifle se elevó ligeramente, pero Owen avanzó para situarse por delante de Rose justo cuando él apretaba el gatillo. Su disparo impactó en una rama caída que estalló en incontables astillas, y la bala que iba destinada a Rose encontró la rótula derecha de su compañero, que gritó y cayó a su lado.

Una bandada de pájaros alzó el vuelo, asustados por la detonación. Rose se agachó junto a Owen, que se retorció en el suelo con los dientes apretados, gimiendo de dolor. Los dos agentes que les seguían se habían agachado también y mantenían sus armas reglamentarias en alto, listos para disparar mientras escudriñaban los árboles a su alrededor. Rose avanzó hacia el árbol tras el que Koenig se había escondido. Podía sentir las ramas y las hojas viscosas bajo sus pies y el aire frío atravesando su piel expuesta mientras se acercaba con su Glock abriendo camino, pero al rodear el tronco vio que Koenig ya no estaba allí. Sólo distinguió el brillo apagado de un estuche de cartuchos vacío entre las hojas del suelo.

Koenig había desaparecido.

Miró a través de los árboles, pero no distinguió ningún movimiento. Detrás de ella, Owen se retorció de dolor y gritaba como un animal herido. Vio a los agentes y al equipo SWAT acercándose a ellos, aunque Rose sabía que ya era demasiado tarde. Aquél era el bosque de Koenig, y el Carnicero había escapado. Ahora desaparecería como un fantasma y esperaría al momento adecuado para salir de su nueva guarida y matar de nuevo, una, y otra, y otra vez...

CAPÍTULO 1

Siete meses después

Septiembre

Rose está en la cocina, sacando el celofán de la bandeja de aperitivos. La cicatriz de su muñeca prácticamente ha desaparecido. Ha sido un día frío, y lleva un suéter de lana fina y unos tejanos negros. Toma un sorbo de su copa de vino mientras da los últimos retoques a la bandeja, colocando las porciones de *sushi* para que la distribución sea claramente simétrica. Puede oír las voces de su esposo, de su hermana y de su padre en el comedor. La voz de Jeff es profunda y ruidosa. Está contando una historia divertida del último escándalo que estalló en el Hill. Los demás le escuchan en silencio, y luego todos ríen.

Rose sonríe. Le encanta que Jeff sea tan popular, y sigue preguntándose cómo es posible que ese hombre se haya casado con ella. Sabe que no se lo merece. Jeff podría haber escogido a la mujer que hubiera querido, pero la eligió a ella. Tal vez se equivocó, aunque no piensa darle motivos para que se arrepienta de ello. ¿Cuántas mujeres querrían tener a un marido como él? Es alto y atlético, tiene un pelo precioso, castaño claro, casi rubio, una sonrisa astuta y es irresistiblemente encantador; inteligente y con un trabajo prestigioso, aunque su sueldo no sea demasiado alto. Jeff se ha tomado un año sabático y ha dejado su cargo en la Universidad Estatal de San Francisco para ayudar como asesor de medios sociales en la campaña del senador demócrata Chris Keller, que está luchando por mantener su esca-

ño en el Senado, en Washington. Si Jeff está del lado ganador, tal vez podría llegar a conseguir una especie de trabajo fijo con Keller. Rose se complace con la idea de que lo mejor está por venir para su marido. Quizá llegue incluso a trabajar en la Casa Blanca.

El futuro de su carrera, sin embargo, no es tan esperanzador.

Ya tiene treinta y nueve años —tres menos que Jeff—, y sabe que el tiempo que invirtió criando a su hijo Robbie hasta que empezó la escuela significó una gran pérdida laboral. Perdió años de experiencia y de antigüedad, y es muy probable que ésa sea la razón por la cual no la hayan promocionado en la agencia. Luego vino el caso Koenig...

Aun así, está satisfecha. El amor que siente por su hijo no puede compararse con la pasión que siente por su trabajo. Su familia es lo primero.

—Rose, ¿estás por ahí? —oye decir a Jeff—. Tienes tres aspirantes aquí, listos para inscribirse en Anoréxicos Anónimos.

Hay más risas, y Rose se une a ellas mientras recoge la bandeja y cruza la cocina antes de abrir la puerta con su hombro. El salón donde todos la esperan es muy grande, y las paredes están forradas de paneles de madera, como muchas de las propiedades de principios del siglo xx en el vecindario. Su casa en Oak Avenue está en un barrio agradable, verde y frondoso, con vistas a San Francisco y al Golden Gate Bridge, que se ve a lo lejos en el horizonte.

Ha sido ella quien ha distribuido los lugares en la mesa. Su asiento está en el lado opuesto al de Jeff. Su marido le sonríe mientras la observa a través de los cristales sin montura de sus gafas, que mantiene siempre impecables. Sentada a su lado está Scarlet, su hermana, y junto a ella su padre, Harry Carson.

Scarlet tiene treinta y tres años y es una mujer menuda y voluptuosa. Unos días atrás, decidió teñirse su oscura melena de un color cobrizo. Es la hermana más joven, y también la más imprudente; se ha divorciado hace poco y ahora está disfrutando de su nuevo estado de soltera, sobre todo porque un exce-

lente abogado le arrancó a su ex una gran cantidad de dinero. Aun así, todavía trabaja como agente inmobiliario. Sabe ganarse a los clientes y es toda una experta en cerrar negocios. Es su tercera copa de vino esta noche, y ahora ha cogido su móvil y se hace un *selfie* como si la copa de vino fuera un amigo íntimo.

—Tengo que poner eso en mi «gram» —dice antes de recortar la imagen y aplicar un filtro para que su piel se vea más suave.

Luego desliza el teléfono sobre la mesa. Rose está preocupada por su obsesión con las redes sociales. Más de una vez ha tenido que pedirle que intente olvidarse de la pantalla de su móvil cuando está con la familia.

Su padre, Harry, de setenta y dos años, es un sargento jubilado del cuerpo de marines con el pelo canoso. Está bastante callado, y Rose se pregunta si piensa en su madre, que desapareció sin dejar rastro hace muchos años. Es una herida abierta en la familia, demasiado dolorosa aún para hablar de ella. Harry está escuchando educadamente a Jeff, cuya política no comparte, pero que ha aprendido a tolerar por el bien de su hija. Hay algo en su expresión que la preocupa. Parece un tanto lánguido, está empezando a olvidar las cosas y se confunde de vez en cuando. Aunque Rose espera que no sea así, sin duda empieza a hacerse mayor..., y se nota.

—¡Por fin! —exclama Jeff, jadeando—. Me tenías preocupado, jovencita. Pensaba que te estabas comiendo todas estas delicias tú sola y que ibas a dejarnos morir de hambre.

Scarlet asiente con una sonrisa.

—Es verdad, espero que el plato principal no se retrase de la misma manera. Tengo un hambre canina.

—Tú siempre tienes hambre —dice Harry, deslizándole un guiño paternal.

Tras colocar la bandeja en el centro de la mesa, Rose se sienta en su lugar. Los invitados no esperan y comienzan a comer. Scarlet busca ya su segundo aperitivo y mira a Rose.

—Bueno, Ro, ¿cómo van los negocios? ¿Has encontrado más tipos malos últimamente?

Rose se encoge de hombros.

—Tú sabes bien cómo va esto. Un noventa por ciento de papeleo y un diez por ciento del *reality show* de televisión donde conseguimos perseguir a los chicos por callejones oscuros con armas y linternas.

Scarlet arquea una de sus cejas depiladas.

—¿Qué tal Mulder y Scully? ¿Resolvieron el caso de X-Files?

—Vieja broma, Scar. No sigas por ahí...

—No, en serio, ¿qué hay de nuevo en el FBI, ha ocurrido algo más?

Rose sabe que se refiere al caso fallido que casi le costó la vida, que la quemó. El caso por el que algunos de sus colegas habían renunciado a su placa. Shane Koenig. El asesino en serie que torturaba y mataba a mujeres y a algunos hombres por toda la costa oeste y que, además, guardaba grabaciones en vídeo de sus muertes. Uno de los sitios de noticias de blog por Internet, The Gab, lo nombró Backwoods Butcher, y esa información fue recogida por algunas cadenas de televisión, que consiguieron un aumento en las cifras de audiencia.

Pero Rose no tiene ganas de hablar de ello. Koenig se le escapó en el último momento y no ha habido ninguna señal de él desde entonces. Sí pudieron recuperar todos aquellos espeluznantes restos humanos, y los archivos de vídeo hallados en su portátil demostraron, sin lugar a dudas, que Koenig es el Carnicero de Backwoods. «Y ahora está ahí fuera», piensa por un momento Rose con amargura, «esperando el momento adecuado para volver a asesinar a sangre fría».

La prensa *on-line* y en papel había caído sobre ellos de manera brutal; de hecho, el Twitter del FBI seguía siendo un objetivo prioritario para los trolls que, por Internet, siguen quejándose del fracaso de la oficina, y por tanto, del suyo propio. Afortunadamente, su superior, el agente especial Flora Baptiste, había intervenido. Después de haber sufrido un informe psicológico bastante ineficaz, Baptiste había aliviado la carga de trabajo de Rose durante los últimos meses. Aho-

ra, de vez en cuando, Rose todavía entrena a agentes encubiertos y, manteniendo la terapia de forma ocasional, Rose va trabajando de forma más calmada.

Rose mira a Jeff de reojo, suplicándole que no diga nada al respecto. Él sonríe mientras coge la botella de vino y empieza a rellenar las copas. Scarlet insiste, reclinándose en la silla:

—Oh, vamos, Rose. ¿No hay nada nuevo?

Durante los últimos seis meses parece que Koenig ha desaparecido de la faz de la tierra. Aunque han mantenido todo tipo de vigilancia, incluyendo reconocimiento facial, placas de matrícula, seguimiento GPS o búsquedas de IP, la búsqueda no ha dado ningún resultado, ni siquiera a pesar de la intensa presión de los medios de comunicación y de los familiares de las víctimas. Habían llegado a pedir, incluso, a uno de los gigantes tecnológicos que *hackearan* un teléfono móvil que habían recuperado en la cabaña, pero la empresa se negó a ayudar y, en cambio, aumentó la vigilancia. El equipo informático del FBI, por su parte, no tuvo éxito alguno al intentar sacar algún dato de aquel móvil.

Habían tenido una gran oportunidad. Y ella la había desaprovechado. Había disparado a Koenig y luego él se había escapado. Rose cerró los ojos por un momento, tratando de ocultar el tormentoso recuerdo.

A veces, el monstruo gana.

Por suerte, su padre se puso de su parte.

—Scarlet, por favor, tal vez tu hermana no quiera hablar de esto.

—Oh, vamos, papá. Rose es una profesional. Ella puede con todo...

Al oír esto, Rose miró fijamente a su hermana.

—De acuerdo, si quieres saberlo, está bien: descubrimos lo que hacía con los cuerpos. Para él eran trofeos. Los descuartizaba y almacenaba los trozos en lugares secretos, enterrándolos y luego subastándolos en línea al mejor postor. Sólo cuando conseguía el dinero especificaba exactamente el lugar donde encontrarlos.

Scarlet abrió los ojos de par en par.

—Eso es una brutalidad...

—No dimos a conocer todos los detalles, pero los medios de comunicación seguro que en algún momento se enteran, en alguna parte..., y, bueno, estoy segura de que has visto y oído los rumores. ¿Cómo guardaba y mantenía Koenig los órganos genitales mutilados y otras partes del cuerpo? Los metía en frascos, cada uno de ellos etiquedado con fotos de perfil impresas. Encontramos y confiscamos lo que quedaba, pero la mayoría de los compradores eran inteligentes y enmascaraban sus IP. En cuanto a los restos de las víctimas faltantes..., se los comió. ¿Te basta con estos detalles?

Scarlet aparta sus dedos del plato, justo cuando iba a llevarse a la boca un poco de algas con arroz.

—Oh, Dios mío...

—Muy bien, Rose, gracias por compartirlo con nosotros —suspiró Jeff.

—Que no hubiera preguntado...

Rose siente que la ansiedad que la embarga desaparece en cuanto coge la botella de vino. Al otro extremo del salón, aparece de repente una figura, procedente de la habitación. El niño los mira bajo el cálido resplandor de la luz de la lámpara, que se ha encendido en cuanto el sensor ha detectado su presencia.

—¡Robbie! ¿Cómo está mi chico? —exclama Harry levantando la copa.

El joven cruza la habitación hasta llegar al extremo de la mesa. Con catorce años, es alto para su edad, y se parece bastante a Jeff, excepto por el acné y las gafas. Pero su rostro no expresa demasiado... Robbie devuelve las sonrisas a los adultos que lo rodean, y luego responde:

—Estoy bien, abuelo... ¿Cómo estás tú?

—Estupendo. ¿Qué tal la escuela?

Robbie mira entonces a su madre, buscando complicidad, y ésta, sintiendo una repentina oleada de preocupación por su hijo, rápidamente interrumpe la conversación:

—Está bien. Es el número uno en la clase de matemáticas y en la de ciencias. ¡Estamos muy orgullosos de él! —exclama mientras se vuelve hacia su marido, quien, disimuladamente, lleva unos minutos tecleando algún mensaje en su móvil—. ¿Seguro que eso no puede esperar? —le pregunta con una sonrisa fingida—. Ahora estamos en casa, en familia..., y tu tiempo pertenece a la familia.

—Ojalá fuera tan sencillo, pero ya sabes cómo es, en realidad. No trabajamos de nueve a cinco. La campaña funciona veinticuatro horas siete días a la semana, y cuando ella corre todos corremos.

—Vaya por Dios... —refunfuña Rose, mirando su reloj—. De todos modos, ¿a quién le envías mensajes a esta hora?

—Oh..., bueno, a mi asistente. Pandora está imprimiendo algunas notas para mañana.

—¿Es la chica que conocí en la última recaudación de fondos? Pelo oscuro, jovencita...

—Sí, ésa —asiente Jeff.

Jeff se da cuenta de la mirada desafiante de su mujer, y Rose decide no seguir con el tema por el momento.

Sin embargo, mientras, Harry se ríe entre dientes.

—Muchacho, hay que ver cómo han cambiado las cosas. En mis tiempos, cuando llegabas a casa, era absolutamente impensable que nadie te molestara una vez hubieras cerrado la puerta de la calle. Y mira ahora: pueden fastidiarte en cualquier momento, en cualquier lugar. Todo el mundo se va a volver loco si continuamos así, te lo digo yo.

—Oye, oye, tampoco es eso... —ríe Rose.

Scarlet revisa su teléfono.

—¡Oooh, mi foto tiene dieciséis *me gusta!* —interrumpe la conversación Scarlet mientras mira su móvil—. Éste no está nada mal, ¿no? —pregunta entonces, sosteniendo el teléfono para enseñarles a un hombre de pelo liso vestido con un traje de negocios, bronceado y con una hermosa dentadura—. Oh, vaya, no le gusta el jazz —comenta en voz alta mientras revisa el perfil—. Lo siento, nene, no es para mí.

—Qué dura eres —comenta Jeff—. Vamos, quiero decir que a Rose le gusta la música country, y aun así me casé con ella... Nadie es perfecto.

—Bueno, con esto sí puedo encontrar al hombre perfecto.

En ese momento, el móvil de Rose suena y ella saca el aparato del bolsillo de su chaqueta. Tras leer el mensaje en la pantalla, se levanta con brusquedad.

—Disculpadme un momento...

—¿Problemas? —Jeff frunce el ceño—. ¿A estas horas de la noche?

—Los delincuentes tampoco trabajan de nueve a cinco —le responde Rose, no sin cierta ironía—. ¿O no has oído hablar de eso?

Todos ríen y, mientras, Rose se retira hacia la cocina y pulsa el botón de marcación rápida. Una voz femenina profunda tose antes de hablar:

—Baptiste.

—He leído el mensaje —dice Rose—. ¿Qué pasa?

—Oye, cariño, hay algo que quiero que veas. Ha habido un incendio en Palo Alto. Bueno, posiblemente es un incendio. Una persona muerta. Sucedió hace unas horas. La policía local se encargaba de todo..., o así era hasta que recibimos la llamada.

—¿De quién? Quiero decir, ¿desde cuándo el FBI se ocupa de este tipo de cosas? ¿Un incendio provocado? ¿Una sospecha de incendio premeditado? ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Normalmente, nada, ya lo sabes. Pero esto no parece realmente algo normal...

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás. Yo estoy ya aquí, y ahora mismo te envío la dirección. Ven para aquí tan rápido como puedas.

—¿Ahora? ¿Esta noche?

—Sí, esta noche —responde Baptiste con sequedad.

—Pero tengo a mi familia en casa, estamos cenando, ¿no puede esperar hasta mañana?

—No. Considéralo como una emergencia. —Y al decir esto, Baptiste baja levemente la voz—. Parece que alguien del Departamento de Defensa nos ha pedido ayuda...

—¿Defensa? —Rose siente una punzada de ansiedad—. Pero ésa no es su jurisdicción, y tampoco es la nuestra.

—Técnicamente, no —admite Baptiste—, pero parece que alguien del Pentágono ha pedido nuestra ayuda, así que nos toca encargarnos del caso, aplicar nuestra experiencia y trabajar en nuestros laboratorios. Debe de haber algún tipo de conexión. Parece que ha saltado alguna alarma..., y entonces el Pentágono ha llamado. En cualquier caso, la policía de Palo Alto no tiene ni la experiencia ni el modo para llevar a cabo una investigación como ésta.

Rose suspira y asiente. Es cierto que las fuerzas policiales locales no pueden con ese tipo de cosas, y bastante tienen con hacer frente a la creciente oleada de delitos comunes; de hecho, los crímenes menores muchas veces se pasan por alto, los robos han aumentado y los delitos relacionados con la tecnología se han disparado en los últimos años, desde exsocios disgustados que publican imágenes íntimas en línea hasta fraudes a gran escala; sin embargo, los presupuestos departamentales, incluyendo los de la Oficina, no se han visto aumentados.

—Lo que me han dicho es que la víctima había sido acusada recientemente de robar secretos de contratistas del Departamento de Defensa, que ahora es nuestra jurisdicción —continúa Baptiste—. Y por lo visto son ellos quienes quieren que investiguemos. Yo no sé más. Acabamos de recibir la petición y se nos pide que cumplamos con nuestro deber. Y es lo que tenemos que hacer, así que mejor sal de donde sea que estés y entra en el coche. Quieren a los mejores agentes en el caso y tú sigues siendo mi mejor agente.

—De acuerdo —vuelve a suspirar Rose. Se lo debe a Baptiste.

—Ésa es mi chica. Puedes estar aquí en unos cuarenta y cinco minutos. Pues hazlo en cuarenta. —Su voz ligeramente ronca se suaviza un poco—: Lamento molestarte a estas horas..., pero realmente necesito que eches un vistazo a esto, mientras el asunto esté caliente, por así decirlo. Ésta no es una escena del crimen muy usual.

—¿Asesinato? Entendí que era un incendio.

—Era. Pero parece un asesinato. Podría ser un maldito fuego, pero el Departamento de Defensa quiere asegurarse. En cualquier caso, éste es un caso inusual y, bueno, por Dios, ... Es un puto desastre. Nunca había visto algo así. Los de forense ya están en camino —hace una pausa breve—: Espero que no hayas comido nada esta noche.

La línea se corta. Tragándose su frustración y su rabia, Rose se guarda el teléfono de nuevo en el bolsillo, respira hondo y sale de la cocina. Tal vez un nuevo caso es lo que necesita, algo que la ayude a olvidar algo de todo el asunto de Koenig.

—Lo siento, chicos, tengo que irme corriendo.

—¿Ahora? ¿En serio? —La normalmente suave voz de Jeff ahora parece mucho más ronca.

—Lo siento, cariño. Estas cosas pasan. Tendréis que apañáoslas sin mí. El salmón está en el horno. La salsa en el microondas. Asegúrate de que Robbie se acueste antes de las diez y media y de que no juegue después de las diez.

Él asiente, sin más. Rose besa apresuradamente a su hijo, a su hermana y a Harry, pero desvía la cara cuando Jeff estira el cuello para besarla en los labios, y el beso cae en su mejilla izquierda. No puede evitarlo; tanto mensaje a horas raras con esa Pandora es difícil no sospechar.

—¡Hasta luego!

—Ten cuidado —le grita Jeff.

Antes de salir, Rose se acerca hasta el escritorio cerrado con llave que está en el pasillo. Con cuidado, abre un cajón poco profundo, de donde recoge su insignia y el Glock 22 de calibre 40, bien guardado en su funda. Tras ponerse la insignia en un lugar visible de la chaqueta, ajusta la funda en el cinturón, presionando bien la palma contra el frío mango metálico de la pistola para que cuelgue sobre su cadera derecha.

Tan pronto como cierra la puerta de casa ya no es madre ni esposa. Ahora es una agente de la Oficina. Es un truco que se obligó a aprender. No es posible mezclar dos mundos tan dife-

rentes a la vez, no sin joderlos a ambos. Rose se aferra a esta idea. En este momento, ella está en guerra contra el crimen y la cena es tan sólo un recuerdo lejano. Siente una aceleración familiar en los latidos de su corazón mientras conduce hacia la escena del crimen, y la voz grave de Baptiste retumba en su cabeza.

Baptiste estaba incómoda; ella se había dado cuenta. Y eso es lo que le preocupa. Baptiste llevaba en el cuerpo ya quince años cuando Rose se unió a su equipo. No había nada que no hubiera visto ya, y nada le inquietaba.

Bueno, casi nada.

Rose recuerda entonces lo sucedido en la cabaña, justo después de que Koenig se escapara. Baptiste se había sentado, sola, en un tronco talado, como en un momento de reflexión privada. Pero parecía llorar. Rose había retrocedido, sabiendo que había sido testigo de un raro e íntimo momento de su jefa, pero Baptiste había levantado la mirada y la había visto. Se había secado el rostro y, levantando la cabeza, había recompuesto el ceño fruncido. Nunca habían hablado de ello.

Mientras conduce hacia Palo Alto, Rose no puede dejar de preguntarse qué podía haber perturbado tanto a Baptiste...